

## AMÉRICO CASTRO Y LA INSTITUCIÓN\*

«Se llama *Institución* al conjunto vago e impreciso de quienes directa o indirectamente se relacionaron con Giner y Cossío, se dejaron ganar por su genialidad y tomaron mucho o poco de su espíritu en el colegio o en la sala de la Institución, o en la Universidad, o en un pueblín de cualquier parte de España, o incluso de oídas», escribía Américo Castro en el otoño de 1935, poco después de la muerte de don Manuel Bartolomé Cossío. En suma, precisaba Américo Castro, se alude al decir *Institución*, a «una huella de sutil humanidad, de emoción ante el porvenir de España, de afán de mejora, de tolerancia, de liberalismo, hoy de republicanismo». No era por supuesto, Américo Castro el primer español en realzar el papel clave de Giner y Cossío en la modernización de España en el medio siglo 1885-1935.

En el florilegio compilado por Rubén Landa (*Giner*, Instituto Luis Vives, Colegio Español de México, 1969) fueron recogidos los juicios históricos, sobre Giner y su acción cultural, de numerosos y muy diversos españoles, reiterando todos lo afirmado por Azorín en 1916: «lo más sólido, lo más hondo, lo más sustancioso de España».

Mas, en 1935, algunos de los diarios más representativos de la derecha católica española «bramaban» (empleando el verbo usado por Américo Castro) contra la Institución Libre de Enseñanza y su pretendido poder sectario en ciertos organismos estatales de la Segunda república. Américo Castro fue así descrito por *El Debate* (29-5-1935) como «el conocido filólogo institucionista», dándole a su condición profesional universitaria un carácter casi equivalente al de un dogmático predicador. Imagen de Américo Castro que difundieron también los estudiantes (no necesariamente de derechas) con los

---

\* “Américo Castro y la Institución”, en Joseph H. Silverman y José Jesús de Bustos Tovar (eds.), *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, Editorial Universidad Complutense, 1987, pp. 151-154.

humorísticos versos siguientes, cantados con música del Himno de Riego:

«Don Américo Castro y Quesada  
un señor que nació en el Brasil,  
pero luego se vino a Granada,  
a estudiar el derecho civil.  
*Institución o muerte,*  
es siempre su divisa,  
y no va nunca a misa  
porque es un hombre civil».

Dicha imagen perduraba todavía en un ensayista español, en 1952, que, al ver a don Américo en el funeral católico del profesor de Harvard Amado Alonso, le escribió manifestándole su alegría por su presencia en la ceremonia religiosa. Carta a la que le contestó Américo Castro recordando al destinatario sus relaciones muy cordiales con eruditos eclesiásticos antes de 1936 y su asistencia a actos religiosos, similares al de 1952, en la España de las décadas anteriores a la guerra fratricida.

Acertaban, sin embargo, los burlones estudiantes universitarios al subrayar, en los versos citados, el aire combativo de Américo Castro en cuanto «hombre civil». En un artículo de *El Sol* (31-3-1930) había escrito tajantemente Américo Castro: «la religión y el espíritu cristiano no coinciden precisamente con la frailocracia española». Recordemos también el artículo «¿Religión?» (*Crisol*, 30-10-31), publicado en aquel mes de decisiones legislativas adversas a la Iglesia católica. Tras referirse al «hecho monstruoso, sin par en el mundo, de que existan aquí más de ochenta mil frailes y monjas y cerca de cinco mil conventos», Américo Castro añadía: «los escasos valores indiscutibles de la cultura hispana nada tienen que hacer con la Iglesia o con las Órdenes religiosas». Concluyendo con una adhesión rotunda a la reciente legislación republicana: «La república no puede ser puesta en

peligro porque unos cuantos zafios o alucinados nos hablen de un catolicismo que en realidad tiene curso exclusivo entre pobres beatas, rústicos y señoritos frívolos, más no en Roma ni en París.»

Tono expresivo que distaba considerablemente del modo siempre cauteloso propio de los maestros antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza. Es más, sería verosímil suponer que Cossío, el primero, habría lamentado («¡Este Américo!») la agresividad de los comentarios citados. Todavía en los grupos institucionistas de México, en 1942-1946, escuché lamentaciones retrospectivas sobre aquellos artículos de Américo Castro.

En verdad, no era Américo Castro —en su estilo intelectual ni en otras manifestaciones de su personalidad— un «institucionista». Fue, sin embargo, gracias a Giner (y en casi el mismo grado, gracias a Cossío) que el joven granadino recién llegado a Madrid —tras una estancia de tres años (1905-1908) en París, en la Soborna— pudo aceptar su condición de español como una potencialidad humana llena de futuros realizables. Rememorando sus años mozos, en Granada, Américo Castro, en 1957, escribía: «A muchos que tomaba conciencia de sí mismos a comienzos del siglo, España aparecía como un revoltijo de corral de vecindad y manicomio, especialmente en las provincias.» Sentimiento en parte injusto y excesivamente severo (anotaba el mismo don Américo), pero que prolongaba los efectos del Desastre de 1898 en su generación: «Asistíamos con indecible angustia a aquella fantástica liquidación del patrimonio hispano... a los chicos de doce a catorce años nos parecía aquella separación de América la mayor de las desdichas» («Las polémicas sobre España», *La Nación*, Buenos Aires, 26-2-1925). Puede también conjeturarse, sin arbitrariedad, que el joven granadino, en sus años parisienses, notaría con tristeza obvios contrastes entre los ambientes universitarios de España y Francia.

De ahí, que el encuentro con Giner fuera, para el joven Américo Castro, como para otros españoles de su generación, lo que él mismo llamó «un momento decisivo para la integración de una personalidad»

(«Francisco Giner», *La Nación*, Buenos Aires, 6-6-1937). Y no sólo por las diversas admoniciones del maestro —«¿cuándo va usted a dejar ese tonillo del Albaicín?»—, sino muy principalmente por su actitud ante el futuro y el pasado de España. No proponía Giner a los jóvenes que fueran «extranjeros en su patria» (como se llamaron a sí mismos algunos reformadores del siglo XVIII): pretendía, al contrario, «rehispanizar a España con limpios fermentos de pura hispanidad» (*ibid.*). Y así, «a la postre —continuaba Américo Castro—, el ánimo y la mente de España serían otros, sin haber nunca dejado de ser ellos mismos». En Cossío, veía Américo Castro, la continuidad, intensificada, de la actitud de Giner: la transformación de España habría de apoyarse en la «deleitosa contemplación de las raíces hispanas». Añadiendo: «este hombre ultramoderno se extasiaba ante la España vieja, que él sabía hacer revivir». Palabras que, evidentemente, se podrían aplicar a don Américo y su obra desde 1939.

Cabría, por lo tanto, mantener que en la formación del pensamiento literario e histórico de Américo Castro, la *Institución* encarnada por Giner y Cossío, desempeño una función intelectual decisiva: la de mostrar que podía exaltarse «la fascinante singularidad de España» sin abandonar las aspiraciones modernizadoras del liberalismo hispánico contemporáneo. En el estudio de su casa, en Princeton, sobre la mesa de trabajo, en la pared, el retrato de Giner tenía a manera de orla una cinta tricolor republicana: don Américo había querido así mantener, visiblemente unidos, los dos símbolos que habían orientado su vida en España hasta 1936. Muchas veces, en aquel acogedor (y ya legendario) estudio de Princeton, al escuchar a mi maestro hablarme de Giner y de Cossío —«intransferibles singularidades» los llamaba— sentía yo que el mismo don Américo era también una intransferible singularidad hispánica, y la encarnación entera de la fascinante peculiaridad de España.

Un gran historiador francés, Charles Seignobos (1854-1943)  
—¿seguiría Américo Castro algún curso suyo en la Sorbona?— solía decir que la historia es la ciencia de lo que acontece solamente una vez. Giner, Cossío, la Institución, Américo Castro, fueron todos «des choques quin'arrivent qu'une fois». Y nada puede quitar a muchos españoles el dolorido sentir de que así sea: pero esa ley de la historia no impide que aquellas intransferibles singularidades hispánicas pervivan como firmes nortes humanizadores en esta hora de España.